

ana a. goutman

acerca de lo vivo y lo muerto en las ciencias sociales

I. Hablamos de lo mortal que acecha en el interior de cada uno de nosotros y se nos hace difícil distinguir entre lo vivo y lo muerto. No le sucede lo mismo al especialista que sabe reconocer de inmediato entre un saco de huesos que la vida deja y la vida misma. Estos temas trata, con referencia al teatro, el director alemán Peter Brook que visitó México recientemente, quien nos lleva a reflexionar sobre el método y la temática de la investigación en Ciencias Sociales.

La realidad cultural parece el retrato en que lo vivo y lo muerto, lo nuevo y lo viejo adquieren un estatuto de convivencia, y hay motivos por los que una manera de pensar muere y sin embargo se conserva, motivos que cambian en cada momento de la historia. Pero la novedad que presentaron las nuevas maneras de pensar no lograron erosionar una doctrina, una teoría sobre el arte o una manera de conocer al mundo.

Un factor determinante en la conservación de esa realidad cultural es la enseñanza oficial, que como una caja de ahorros guarda el pasado y organiza teorías y objeciones en orden cronológico.

Así, la enseñanza oficial asiste al sistema político en que nos toca vivir y lo extraño es encontrar fidelidades al credo oficial en quienes no votarían por el sistema vigente. Entonces la carencia de una crítica reiterada y coherente, que tenga por objeto confrontar una concepción filosófica con el sentido que ella adquiere en cada sector social, resulta ser más que una adhesión pasiva.

Para lograr que esa confrontación aporte el saldo de una crítica asaz, lúcida y diferente hay que acudir al fondo de experiencia personal que unido al sentido común¹ constituyen nuestra identidad. A partir de nuestra realidad, requisito necesario de nuestra personal función intelectual, la crítica puede erguirse firmemente cuando las viejas palabras pretenden adquirir el brillo de una novedad o de una bien cimentada creencia.

Con esta problemática trabaja Jean Duvignaud, en su libro **El lenguaje perdido**. En las primeras páginas se refiere a un viejo Gaddur, habitante de Túnez, que contaba historias a los antropólogos franceses y les hacía reír, pero el tema de sus actuaciones eran ellos mismos y la certidumbre que tenían de hacer la historia. Con su humor, el viejo Gaddur hacía claro su escepticismo sobre la racionalidad occidental. Era una crítica a esa mirada científica y objetiva que tiene por delante una idea o modelo para las sociedades en desarrollo, era un señalamiento irreversible acerca de la verdad y el resultado de las políticas generosas.

Como en las viejas fotografías, ya aparece amarillenta esa versión científicista de la ciencia, la publicidad sobre la neutralidad del científico, la primacía de la teoría de los países desarrollados sobre los que no lo son. Por esto, decimos que lo muerto o lo viejo, en este caso la visión científicista, convive con nosotros aunque ya no luzca el propósito de definir, antes de conocer, controlar, antes de investigar, la tarea que compete a cada pueblo en particular.

Vale recordar que lo viejo también es expresión de lo irracional, que el conocimiento destruye, cuando los porqués no se resignan a quedar sumergidos en la zona de creencias y definiciones.

Esta nueva tarea de construcción y destrucción del conocimiento no es fácil, sobretodo porque no se trata simplemente de abstraer ya que de planear sabemos mucho, sino de investigar en lugar de detenernos en la fácil generalización sobre el pasado.

Es a ello a lo que nos referimos, a la novedad que consiste en conocer nuestros problemas y organizar nuestras investigaciones con base en objetivos de cambio, de transformación, sin seguir esa educación formalista, impregnada de métodos que responden a teóricos alemanes, estadounidenses o franceses. Tampoco se trata de seguir los pasos de las mentalidades que la ciencia exacta y natural forjó a lo largo de siglos y que dio por resultado un positivismo *sensu social*, del que siempre adoramos su gran pretensión de exactitud y claridad.

¹ Sentido común, como la más crítica de las percepciones de la realidad, generalmente no explicitado.

Las ciencias sociales tienen temas propios y geografía propia, por esto vale la pena distinguir nuestra preocupación sobre la investigación, de otras instancias que responden a un mundo con otra historia y otro enfoque ideológico.

Se trata de despertar la atención por un modo de trabajar que nos haga reflexionar como pioneros o recién nacidos a una cultura que es Latinoamérica, desconocida a diplomas y doctorados.

Frente a esa oposición entre las ciencias naturales, las ciencias formales y las ciencias de la cultura, hay que señalar la oposición que dirime la vieja dicotomía de nuestro pasado intelectual y abona en uno de sus polos la certidumbre de que las disciplinas científicas han podido avanzar siempre independientemente de un proyecto político; según este punto de vista, conflictos y revoluciones no interfirieron sino que contribuyeron a la libre marcha de la ciencia que compete a seres llamados científicos.

Pero en el polo opuesto las ciencias sociales, las humanidades, no han tenido el mismo destino; pues estamos tratando de satisfacer nuestras primeras necesidades sin lograr cumplir el mínimo posible.

Creo que el trabajo en esta área debe abordarse definitivamente con un criterio político y con un proyecto cuya estrategia ligue la tarea del militante a la del investigador, porque el real aporte reside en la conciencia cada vez más lúcida con que se lleva a buen término la participación social.

Está de más decir que sólo si queremos jugar o hacer meragimnasia mental, podemos poner en práctica temas de investigación en ciencias sociales utilizados para realidades y mundos teóricos, originalmente ajenos a nosotros, o limitados por ideologías a veces atractivas, pero poco explícitas en su finalidad.

Los teóricos de la ciencia y el método científico confunden nuestra problemática, porque parten de la imagen, modelo o legalidad de la ciencia física o mecánica y generalizan sus principios, desvirtuando expectativas propias al conocimiento de la sociedad.

Funcionalistas, marxistas, epistemólogos contribuyeron, como dice Pierre Vilar en su libro **Crecimiento y desarrollo**,² a magnificar la historia del sectarismo seudo científico y nos dejaron, tanto en Latinoamérica como en Europa, largos años de cerrazón y parálisis. Todos ellos produjeron "pequeñas" historias, sociologías, estadísticas y economías, y perdieron de vista no sólo la teoría sino la realidad próxima.

² Pierre Ville, **Crecimiento y desarrollo**, Barcelona, Ariel. Historia. Barcelona, 1976.

La concepción de ciencia introducida en estos temas siempre presentó la urgencia de una realidad que debía acomodarse a leyes para que un sistema, una teoría o un principio fueran objeto de reflexión.

Entonces el interrogante que se abre paso ante las dificultades que fundan cualquier tipo de conocimiento es: ¿Cuál es la especificidad del conocimiento social? Responder a esto implica comprometerse en una aventura que despierta todos los fantasmas tradicionales, a los que intentaremos desbaratar para no caer en el juego.

No vamos a insistir en las polarizaciones que separaron lo natural de lo histórico, lo social de lo natural, lo animal de lo humano, la ciencia del arte, porque separar o distinguir de esta manera llevó al nihilismo de conocimiento humano y, de hecho, a una salida contraria a la esperada. Si las ciencias posibles eran las ciencias de las leyes, se aceptó la premisa de que el conocimiento social no era el conocimiento científico.

Para que el conocimiento de lo humano tuviera la jerarquía y la legalidad, se llevó la concepción de ley al estudio de las mentalidades, psiques y conciencias; la lógica formal y los laboratorios de experimentación acogieron a psicólogos y sociólogos y así sucedió que esta diferenciación fue en definitiva una asimilación "culpógena" al camino de la ciencia experimental. También la teoría de los modelos fabricada por teóricos de formación matemática pretendió zanjar las diferencias y arbitrariedades de las ciencias sociales respecto de las ciencias exactas y naturales.

Estos temas precipitan a su crisis al conocimiento especulativo porque se trata de alternativas (intercambiables) que no respondieron al interrogante inicial.

Parece extraño que frecuentemente en la enseñanza oficial no se haya pensado buscar la especificidad del conocimiento social en su propia simiente, allí donde crecen, y se realizan itinerarios tan sólo especulativos. Cabe señalar que en esta línea de pensamiento, mucho se discute acerca de los proyectos que E.U. tiene para Latinoamérica o sobre la exactitud del conocimiento de los programas que Europa pensó para sus colonias: ¿Pero cuáles son los nuestros? Dejamos para luego esas respuestas. Estamos tan incluidos en el capitalismo y en la revolución bolchevique que nada que nos sea propio es pensable. Y si bien estamos en el mundo de las contradicciones capitalistas, la problemática nuestra debe ser la central, la otra problemática debe interpretarse a partir de nuestras variables, que no es posible conocer definitivamente de otra manera. Ciencia se llamaba a ese reflexionar sobre lo que sabemos, dice Marx cuando habla de los economistas anteriores al Capital, pero éste es el comienzo de la investigación científica. Hurgar en las generalidades para luego

concentrar nuestra atención en el estudio, análisis y crítica de la sociedad, la única que estamos viviendo. **Mutando mutantis**, la sociedad latinoamericana, y el cambio de sistemas sociales, el abandono de la colonia y de la nueva colonia que es el imperialismo, exige métodos afines a esa búsqueda, y los grados de elaboración que son los de la creciente complejidad de esta indagación.

Así como los temas denuncian un cómo de la ideología que orienta esa investigación determinada, la elección del método es la señal más explícita de los objetivos de la estrategia general del investigador. Temas y métodos son propios, no pueden ser dictados, ni decididos por maestros en tesis y talleres, es la convicción que resulta a lo largo de un trabajo político de investigación.

Por esto, nada es menos necesario que dictar un curso de métodos en el sentido tradicional en ciencias sociales. Aprender a leer, a buscar, a indagar, a conocer es una práctica y esto es lo que entendemos cuando se trata de la meneada metodología.³

A mi juicio menospreciar estas indicaciones ocasiona una vuelta a la especulativa tradición de hablar antes de conocer, "enseñar" antes de experimentar, "curar" antes de saber cuál es la enfermedad.

Tantas disciplinas que concitan la atención de los investigadores utilizan esta visión objetiva, de mirada al objeto. Resulta curioso contemplar la variedad de investigaciones en ciencias sociales que desprecian esta perspectiva y se animan a reunir definiciones o reiterar conclusiones dadas azarosamente en las teorías, para utilizar como punto final de una investigación que en realidad no ha comenzado.

Las ciencias que estudiamos se constituyen a partir de una problemática social que necesita o reclama una versión teórica de los hechos; idéntico origen señalamos a la problemática interdisciplinaria.

Entonces, por qué no desandar los pasos, es decir, volver al origen de estas constituciones teóricas para ver esta aparente obviedad y cuestionar nuestro pensamiento en los moldes aceptados que han demostrado históricamente su falibilidad en la aplicación a la práctica. Este conocimiento es anterior a nuestra profesionalización universitaria, pero sin embargo buscar el objeto del estudio resulta un vicio de deformación profesional y no el encuentro de una particularidad que depende del cuidado y la certeza con que tratemos al conocimiento, categorías y valores para que logremos producir o hacer producir un conocimiento social de pretensión científica.

³ ¿Con qué categoría? Es la paradoja del conocimiento, hay que inventar antes de conocer para poder conocer.

Se trata de reconocer que estamos en una Latinoamérica desconocida en buena parte, pero no ignorada por agencias y cables, como sucedía en otra época. Desconocida también la ciencia social que se proponga el esclarecimiento que en su época preocupó a Marx para conocer la situación del obrero francés y que sirvió para concretar la estrategia de lucha de la liberación del proletariado. No hay entonces ciencia social que no pueda insertarse en la particularidad que nos caracteriza, hay objetivos que son nuevos para la ciencia pero viejos para la humanidad.

Dos líneas de investigación han mantenido una coherencia en nuestra historia. Ya Martí atacaba a Sarmiento cuando se trataba de encontrar la civilización fuera de las fronteras y la barbarie dentro. La jerarquía de los señoritos, la lengua de las colonias y el método de las transnacionales son apariciones de un mismo frente de negaciones.⁴

Escapa a esa visión colonial del mundo la exigencia de mantener una confrontación con problemáticas nacionales definidas como aberrantes; suicidas o inmorales. Esta falta de confrontación define un método que, aunque se le llame marxista, es en definitiva enajenación o falseamiento de hechos. Errar es muy fácil pues las falacias de la lógica parecen más fecundas que las verdades de la lógica. Y los grandes temas nacionales siguen siendo los temas que interesan al enemigo, y enemigo es el término que define en ciencias sociales el enfoque teórico político que el imperialismo, la cultura colonizadora, proyectan para nosotros.

Ahora, cuál es el modelo de desarrollo preguntamos nosotros y los técnicos en la teoría de los modelos, siendo una interrogación válida, pero al interior de la lucha de clases de cada país. Porque los modelos que auguran o pretenden hasta ahora estar a un costado de la lucha, y es en uno de los frentes de ella hecho de insospechada validez para cualquier análisis teórico, de donde puede partir una visión verificable de la realidad. Rara vez confirmamos en nuestra práctica docente o de investigadores que es ésta la dimensión imprescindible para producir una reversión del conocimiento social. Ahora es cierto que esta necesaria objetivación desde un campo de la lucha se liga a otra propiedad de estos mundos: que el analista es a su vez actor.

Dos modos de reflexión, entonces, en los que el investigador social padece la acción de una teoría que se imprime a la sociedad

⁴ Ahora se llama junta militar y recorta modelos de desarrollo perimidos cuya aplicación da frutos que sólo favorecen al treinta por ciento de la población. En esta línea de preocupaciones también interesa conocer el desarrollo que el enemigo ha alcanzado porque ese es el límite que nos impone el proyecto de las Juntas, pero ese proyecto ex-o de fuera ocupa no sólo universidades sino fuentes de trabajo.

y es a la vez juez intelectual de la misma. Después de lo expuesto, se nos impone en el desarrollo de este artículo el tratamiento de otros temas de la **verificación o regulación mediante un criterio de verdad**, preocupación lícita en toda tarea de índole científica. Sería bueno reflexionar de dónde puede extraer el investigador ese criterio de verificabilidad, si no toma en cuenta los límites de la confrontación expuesta. Por esto puede tambalear ese criterio irrefutable en otras disciplinas, ya que no logra resistir la acusación de "principio subjetivista" sea la matriz, la idea o el control social.

La selección de hipótesis es otro requisito para una investigación y nos reitera la existencia de un terreno harto peligroso y equívoco. Los teóricos echan mano de una definición de hipótesis que quizá tenga sentido en las matemáticas, pero cuando la aplican a las ciencias sociales la hipótesis coincide generalmente con un hecho por demás obvio que hasta los niños reconocerían, lo que prueba que uno de los errores más comunes es partir a la búsqueda de una hipótesis. **Sucede que una hipótesis coincide en parte con una estrategia política o es ella misma la estrategia.**

Las hipótesis pueden nacer en el propio terreno de la actividad política o bien en el de la polémica intelectual, que es resultado de una práctica político profesional. Esta práctica es la que se realiza en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Para los estudiantes no hay más hipótesis con sentido que la que está ligada a la vida cotidiana y política, y esto es lo que ayuda a eliminar falsos supuestos, prestados o valorizados de improviso y otros utilizados siempre como caballitos de batalla de generaciones de estudiantes, que inician las desventuras de una investigación personal.

El llamado diseño de la investigación es otro de los tabúes, es algo así como o "usted crece o será reprobado". Resulta también la camisa de fuerza del aprendiz cualquiera que sea su edad. La idea de un trabajo de investigación parte de un dolor que es personal y para calmarlo uno busca caminos, organiza los pasos, ensaya, rechaza y vuelve a ensayar, cada vez más hondo el interrogante hasta obtener la respuesta que parece calmar el dolor y hacer al mismo tiempo que el dolor sea conocido. Esa indagación es la que hay que impulsar y acompañar en quien pretende hacer un trabajo de investigación, y no limitarlo a un previo diseño. Todo lo demás es como la vida social de la investigación, todos se enteran que nació, que piensa seguir ciertos pasos y que tiene un nombre atractivo o deleznable, pero que ya lo tiene.

La vida social de la investigación es la antesala de la parálisis, pero es también la puerta cerrada al desarrollo original.

Otro tema que está estrechamente unido a éste es la supuesta necesidad de la búsqueda de leyes o su confirmación para que la

realidad apruebe las leyes que dictan los manuales marxistas. Qué lejos de una investigación como **El Capital** esté esta decisión. Qué cuidadosa ubicación del problema muestra a cada paso Marx en sus textos. ¡Cuánto incendio benefactor sería robustecido con la bibliografía manualesca!

Las leyes son una verdad que acechamos, pero que no podemos imponer a la realidad. ¿Qué leyes se pueden extraer de los hechos políticos que nosotros vivimos en el cono sur?

La reiteración en la sucesión de los gobiernos militares en Argentina se hace inteligible cuando estudiamos la historia del origen social de este país; aún en los que se consideraron vírgenes en esa experiencia, de dominio militar, como el Uruguay, no hay señales de que su historia no haya sido más que una solución de transacción que le permitió existir gracias a la “distribución” colonialista, en el rubro de la explotación entre países. Uruguay ocupó lugar de privilegio en la guerra capitalista-imperialista.

La originalidad de Latinoamérica no puede ser explicada a partir de una nueva Ley, pues originalidad es particularidad, no la “excepcionalidad” política que se juega arbitrariamente.

Contrarrestar la necesidad formalista permite abrir la reflexión a temas nuevos y a modos propios de indagación.

Señalemos, entonces, que la originalidad no indica más que la propiedad de un origen y un desarrollo propios de cada región de la realidad que estudiamos, porque la experiencia ha dejado un saldo de verdades que nos disponemos a corroborar. Marx tiene una crítica oportuna a la visión no historizante, cuando afirma que conocemos al mono luego de conocer al hombre.

En síntesis, el cuidadoso estudio de la realidad que vivimos nos permite reconocer nuestra particular identidad histórica y los interrogantes que parten de ella.

II. ¿La ciencia, la pretensión científica, qué tiene que ver con este proyecto de jerarquizar el conocimiento social y la elaboración de la práctica política? ¿Cuál es la validez de una nueva visión de la ciencia, o de un significado diferente del quehacer científico?

Si heredamos la ciencia como una necesidad del entendimiento al estilo kantiano, se tratará de revisar los supuestos de esa empresa lanzada hace siglos. Si es una exigencia cotidiana del trabajo teórico, científico, será el conocimiento social que atiende a la transformación de la realidad porque su relación con la verdad del conocimiento está a la vista, vaciada de contenido.

Podemos decir que la elaboración deductiva de las hipótesis logra un conocimiento científico, pero sucede que cada trabajo propone nuevos juicios fácticos que a su vez varían la probabilidad de cada teoría.

El método científico es utilizado por una disciplina que se llama

ciencia con el propósito de “hallar estructuras generales”, “un conocimiento objetivo”. Estas son las definiciones más generales sobre el tema en cuestión, por demás incuestionables e inexplicables para las ciencias sociales.

Popper dice:⁵

La ciencia no se encuentra más ligada a nuestra experiencia que otro aparato o medio de producción cualquiera... es un instrumento cuya finalidad es predecir experiencias futuras, a partir de otras inmediatas o dadas, e incluso gobernar aquello hasta donde sea posible...

Por esto creo que los propósitos de “objetividad” y “constitución” de las teorías han pasado sin dejar un vestigio novedoso en la investigación en ciencias sociales, y debemos dedicarnos a dar nuevo contenido a esos términos ya que ha cambiado la práctica disciplinaria.

Este tema de la elaboración conceptual de la realidad fue para los funcionalistas una señal para proponer ordenamientos, leyes, normas, que explicaran el equilibrio social.

El equilibrio social, razón y objeto de sus trabajos, y el análisis estructural son “una metáfora de las relaciones de un sistema físico y orgánico, los mecanismos de regulación son –para ellos– semejantes al de los organismos vivos, allí donde la casualidad es el nexo explicativo”.⁶

Como dice Wright Mills, es la tarea que nos dejaron nuestros antepasados que ya teorizaron sobre la teoría social y sus consecuencias o la experiencia y sus beneficios. Pero ahora se trata de zanzar esa distancia y muchos han sido y siguen siendo los intentos. Un trabajo de David Willer⁷ es por demás explícito en estas limitaciones, que no sólo señala, sino en las que también incurre.

Dice Willer que hay que saldar la deuda con una ciencia social, muy mal llevada, y para esto propone la construcción de modelos que den un aparato teórico para poder conocer o controlar (la opción es nuestra) la realidad y elaborar teorías.

Pretende dar por terminada la diferencia entre la Gran Teoría y la Gran Empiría. Pero como todos los teóricos, Willer se instala en

⁵ Karl, Popper, *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Editorial Tecnos, 1973, pág. 95.

⁶ Eliseo Verón, *El análisis estructural en ciencias sociales*, Capítulo II.

⁷ David Willer, *La sociología científica, teoría y métodos*. Argentina, (traducción: Aníbal C. Leal; 1967), 1974.

la teoría para entender la realidad; “nuestros propósito –dice– es suministrar un marco metodológico dentro del cual puede trabajar el sociólogo dotado de imaginación” y agrega: “la única solución adecuada es, en la actualidad, el desarrollo de la teoría verificada... debe existir una metodología que permita construirla”.

Parece que volvemos a oír a Descartes. El camino de Descartes fue un padecimiento histórico que la “fatalidad” no sólo repite, sino que se empeña en producir. ¿Qué unirá finalmente la materia pensante a la extensa? Más que un lugar común, es el punto de partida del pensamiento idealista, llevado a su máxima concreción por Hegel, quien ya no le interesó sino unir por la razón o el entendimiento en desarrollo lo idéntico en la idea.

Peró no sólo el pensamiento de los norteamericanos pretende generalizar la investigación científica en todas las regiones y latitudes del conocimiento y la realidad, con el modelo de la causalidad o el estímulo y respuesta. Los franceses que se ocupan de la historia de la ciencia, aun cuando tienen una posición menos sistemática en su mayoría, profesan un estructuralismo que puede hacernos pensar lo contrario de una visión polémica.

Bachelard, Foucault y Canguilem inician en tiempos distintos la búsqueda de los fenómenos de ruptura en la historia de las ideas, en las ciencias, en la filosofía, en la literatura. Por debajo de una actividad teórica, se trata de “detectar la incidencia de las interrupciones” (pág 5).⁸

Según afirma Foucault, G. Bachelard, en **Actos y umbrales epistemológicos**, hace entrar los conocimientos en un tiempo nuevo, separados de su origen empírico, “los purifican de sus complicidades imaginarias, prescriben así el análisis histórico”.

Es el “señalamiento de un tipo nuevo de racionalidad”. G. Canguilem, en **Desplazamientos y transformaciones**, maneja la historia del concepto no en su progresiva racionalidad, sino en “la de sus diversos campos de constitución y de validez, la de sus reglas sucesivas de uso, de los medios teóricos múltiples donde su elaboración se ha realizado y acabado” (pág. 6).

Las descripciones históricas no forman unidades arquitectónicas, sino coherencias internas. Así, en la literatura no interesan las generaciones, movimientos o grupos, sino la estructura de cada obra, la crítica en sí misma. “El problema es el del recorte y el límite, no es el del fundamento que se perpetúa” (pág. 7). Hay que pensar, entonces, la discontinuidad, porque lo que ha variado es el valor del documento, del testimonio, del hecho, que se ha transforma-

⁸ Michel Foucault, **La arqueología del saber**, México, Siglo XXI (traducción de Aurelio Garzón del Camino 1966), 1978.

do en un monumento y entonces hay que volver a la arqueología, pero como "restitución de un discurso histórico", consciente de su tarea, no como lo hacía la arqueología de los edificios mudos.

Esta invención, comparación o novedad señala lo olvidado del tema de la discontinuidad, que es un dato específico de la realidad social y humana. Pero no parece tampoco ajeno a la nueva visión.

Los teóricos eligen alternativamente aplicar sus conocimientos sobre la realidad a través de las exigencias de una ciencia normativa, o atienden los cuestionamientos de la realidad para establecer una nueva ciencia histórico-social en la que están todos los temas que nos preocupan y cuya complejidad se interesan en evitar los científicos. Esta característica de la complejidad es tan elemental en los objetos de las ciencias sociales que por esa razón provoca de facto los dos tipos de acercamiento, ya mencionados, no necesariamente fructíferos. Pero teniendo en cuenta que es el comienzo de la investigación en ese terreno, la oposición, enfrentamiento y colaboración de ambos procedimientos es la única vía de enriquecimiento en el trabajo.

Siempre se ha reconocido que la realidad es más insospechable que la fantasía, pero los científicos no reparan en este saber ingenuo y común, sino que hacen valer el principio de autoridad y preparan una realidad idéntica a la representación.

Es razonable tratar de entender lo que vivimos, y cómo se desarrolla un conflicto; lo que no es tan razonable es la actitud "realista" que acoge los problemas como dificultades o entorpecimientos del orden, justamente cuando las disciplinas más viejas como la economía y la historia han dado pasos adelante en el sentido de romper las formas tradicionales, atendiendo a los interrogantes que presentan las dificultades. El objetivo de hacer de la realidad un reflejo de la teoría, de cualquier índole que ella sea, generalmente está ligado a una teoría política. Y explica por qué los modos de construcción teórica de las ortodoxias son tan semejantes.

Debemos reconocer que a fuerza de semejantes entre sí, pretenden ser eternas las teorizaciones de las ortodoxias; de lo contrario, cómo podríamos entender que existen tantos defensores de las ciencias neutrales y de las neutralidades de la enseñanza, cuando la neutralidad está conceptualmente ligada a la negación de lo otro. La negación de lo diferente, en los momentos de la contienda, apoya definitivamente a uno de los campos en lucha.

Esta manera de comprender la investigación, tomando partido por la visión estática de la realidad, por la conservación de la misma, es la característica del cientificismo.

Pero también el resultado es "cientificista", dicho sea para salvar del uso peyorativo a la palabra ciencia, que como tantos

otros conceptos o categorías hay que revisar en su aplicación a los temas de la sociedad.

Otro aspecto del conflicto entre la primacía de lo "empírico" o lo teórico lo muestran los teóricos que consideran la suprestructura o el fundamento teórico como rector del conocimiento, identificado en su generalidad con la idea de un deber ser teórico, de un normativo funcional, o como la previsión de los hechos futuros.

Piaget dice:⁹

Nosotros que nos esforzamos en no ser filósofos y en regirnos más por los hechos y los algoritmos demostrados, encontramos en todos los dominios estudiados de la vida biológica y humana, en la inteligencia del niño... en el paso social de las técnicas a las ciencias, la perpetua relación dialéctica del sujeto y el objeto cuyo análisis nos libera del idealismo y el empirismo en beneficio de un constructivismo objetivante y reflexivo. (pág. 13)

Pero a continuación afirma Piaget:

Dos hechos orientan la investigación en una dirección dialéctica. El primero es que toda relación causal no se atenga a la casualidad directa y además permita la intervención de sistemas de regulaciones y de equilibraciones...

El segundo hecho es que donde sea que se presenten relaciones de sujeto a objeto, el conocimiento no parte del sujeto ni del objeto, sino de la interacción indisociable entre ellos para progresar "desde allí en la doble dirección de una exteriorización objetivante y de una interiorización reflexiva. (pág. 12)

Las diferencias que Piaget señala entre su teoría y la fenomenología y el materialismo suelen ser poco convincentes, pero lo importante de la obra de Piaget, para nosotros, no está en su anuncio de la metodología, que es francamente confuso, (como que el conocimiento no parte sino de la interacción), sino son las conclusiones sobre lo que es la ciencia social, donde se encuentra una línea de investigación. Afirma Piaget que el interés esencial que presenta el conocimiento sociológico desde el punto de vista de la epistemología genética es: 1. Que el conocimiento social es un

⁹ Jean Piaget, *Estudios Sociológicos*. México, Colección Demos. Editorial Ariel (Traducción al castellano de Miguel A. Quintanilla 1965), 1977.

conocimiento; 2. Que engloba el desarrollo de los conocimientos colectivos y toda la historia del pensamiento científico.

Piaget propone estudiar la génesis de los conocimientos sociológicos y los psicológicos y sus relaciones en la historia, donde se da la "mutación intelectual" (según explica el texto, que cuenta con el apoyo de la explicación de Koyré, la mutación intelectual es un resultado de la relación de la maduración nerviosa y la trasmisión de lo social, como una construcción operatoria).

Piaget se refiere (pág. 29) al análisis sociológico que juega "un papel crítico" inestimable, al ligar el pensamiento a la acción, Así, la sociología y la psicología introducen una distinción entre el pensamiento egocéntrico y el pensamiento objetivo.

El primero, restringido al individuo, se limita a las representaciones colectivas de las sociedades primitivas o al sociomorfismo nacional o de clase cada vez más refinado o disfrazado que está en las ideologías y metafísicas. Por el contrario, en otras formas de pensamiento, la sociología discernirá la posibilidad de universalización de las operaciones en juego, como es el caso del pensamiento científico.

Ambas vías se necesitan, como diría Saussure, citado por Piaget. La lengua se puede estudiar no sólo desde el punto de vista diacrónico "de su evolución histórica", sino también sincrónico, como "sistema de elementos interdependientes y en equilibrio en un momento dado de la historia". "La etimología de una palabra no es suficiente para determinar su significación en el sistema actual de la lengua."

Piaget pregunta (pág. 45) "¿Hasta qué punto ese dualismo domina la vida social?" Allí denuncia Piaget su filiación constructivista y teorizante y expone el esquema constructivista para criticar los esquemas anteriores interpretados por él, como parciales o unilaterales.

Cuando Piaget quiere unir las dos visiones –diacrónica o histórica y la sincrónica o particular– no resuelve el problema como lo tratamos anteriormente. Aunque entendió que había que diferenciar dos modos o perspectivas, no les reconoce su particularidad o diferencia o especificidad y unidad.

Propone una historia genetista para el individuo, la sociedad y la historia. Historia genetista que nace con la determinación del ser social o de la necesidad "natural" de lo social.

Este esquema le permite racionalizar las dificultades de Durkheim y Pareto, y cabe agregar también de Parsons, Weber y algunos teóricos norteamericanos actuales.

Pero en esa selección que hace de los factores que cada uno de los citados teóricos tienen en cuenta, está inscrita su objeción y su rechazo de la comprensión histórico-social de las teorías que estudia.

Las relaciones que un pensamiento tiene con su presente desnudan un rostro de la historia, pues toman partido en la polémica que establece, primero con el pasado en esa misma dimensión y segundo con una dirección propia de los valores.

El tema de la visión histórica y del estudio en particular de una situación permite extraer ideas sobre un viejo tema que ya mencionamos, anteriormente; la estructura y la superestructura.

Tantos autores tratan este tema que no podemos citarlos; cabe sólo sacar algunas conclusiones que pueden aclarar que la necesidad de dividir la realidad en lo *infra* y lo *supra* adolece de la vieja dicotomía. Si alguno de los dos mundos es determinante definitivamente, la división propuesta tiene un componente subjetivo revelador. Es el sujeto investigador el que decidió. Cuando la teoría afirma que la interrelación es una explicación de la relación entre lo *infra* y lo *supra*, aquí comienzan las dificultades, porque es esta última más una solución de descarte, que una conclusión de la práctica de la investigación.

Por esto vale aclarar primero todos los términos nuevos o antiguos que aparezcan para solucionar viejos problemas que se repiten en cada época.

¿Por qué no ver la relación de la superestructura y la estructura ligada a la problemática entre lo empírico y lo teórico, entre la gran Empiría y la Gran Teoría? y como dice Wrigth Mills, que los estudios sociales deben alejarse de esos dos extremos, para trabajar su material empírico a la luz de categorías históricas, pues cada momento tiene una historia que hay que reconocer. Elegir un camino u otro es volver a repetir viejos esquemas, que en definitiva no están nunca sepultados, porque cada época tiene necesidad de seguir luchando entre absolutismos, y a los estudiosos les cuesta aceptar lo que la experiencia ingenua muestra a diario.

No hay investigación que no tenga su campo empírico de trabajo, llámese observación directa o experimentación en las ciencias que la permiten, pero no hay modo de dar primacía a la Empiría cuando el sujeto que estudia está cargado de intenciones con las que inevitablemente va a elaborar y teorizar esa forma o cargo o color propio que ha elegido en el quehacer de la vida y en el de los afectos y la profesión. Es una manera de militancia social científica y política que lo identifica –y distingue.

Entonces, el viejo dilema representa, como dice la teoría, intereses que yacen y subyacen, para que persista el maniqueísmo científico.

¿Qué hacer con el conocimiento que tenemos de la realidad, leyes y categorías, afinidades y comparaciones?. Sólo “llenar” de determinaciones al concreto abstracto, o bien lograr un concreto abstracto con tales determinaciones y luego volver a la región de la

realidad que nos interesa estudiar para realizar el camino científico: estudiar, analizar, hacer la síntesis de la sociedad burguesa con la forma del tema que hemos elegido, síntesis que sirva de nuevo punto de arranque para las luchas de liberación.

CONCLUSIONES

A lo largo de estas líneas, sólo hemos pensado en definir lo que en la cátedra es un propósito a veces difuso, de resultados poco visibles. La actitud crítica frente a los problemas que la investigación propone, es sólo la continuación de una actitud crítica frente al hecho de conocer, estudiar o elegir una carrera. Por este motivo una metodología para las Ciencias Sociales debe tener en cuenta esta experiencia elemental y fecunda que ofrece nuestra natural y efectiva inmersión en la realidad que vivimos y que no es un punto de partida, sino nuestro único modo de empezar a preguntar, preguntándonos a nosotros mismos.

Julio de 1978.